Conmemoración de todos los fieles difuntos

La fiesta de los fieles difuntos es continuación y complemento de la de todos los santos. Junto a todos los santos ya gloriosos, queremos celebrar la memoria de nuestros difuntos. Muchos de ellos formarán parte, sin duda, de ese «inmenso gentío» que celebrábamos ayer. Pero hoy no queremos rememorar su memoria en cuanto «santos» sino en cuanto difuntos. Es un día para presentar ante el Señor la memoria de todos nuestros familiares y amigos o conocidos difuntos, que quizá durante la vida diaria no podemos estar recordando.

Su muerte quizás nos hace sentir con mayor hondura la precariedad de la vida presente y nos lleva a hacernos preguntas como éstas: ¿Dónde están nuestros difuntos? ¿Hacia dónde vamos nosotros, destinados también a la muerte? ¿Qué sentido tiene la muerte? ¿No será la muerte la última manifestación del "sin-sentido" de la vida? Este carácter absurdo y misterioso de la muerte, nosotros como cristianos sólo lo podemos iluminar con la fe, con la luz que surge de este doble acontecimiento: Jesús murió; Jesús resucitó.

Jesús, muriendo él mismo nos enseñó a morir y nos aclaró el sentido de la muerte. La muerte de todos y cada uno de los cristianos está necesariamente vinculada a la muerte de Cristo. La muerte de Cristo es el modelo supremo de la muerte cristiana: Cristo aceptó voluntariamente su muerte como prueba de obediencia amorosa a la voluntad del Padre; Cristo murió por los demás, por todos los hombres, como culminación de una vida totalmente entregada al servicio de los demás.

Para nosotros, en efecto, la muerte de Cristo no es sólo un ejemplo, sino la causa real y eficaz de nuestra salvación.

El Evangelio nos dice que la historia de Jesús no acabó con la muerte. En aquel domingo, las mujeres que buscaban el cuerpo de Jesús, encontraron el sepulcro vacío: "Por qué buscáis entre los muertos al que vive". Aquel que murió y fue sepultado, recibe ahora el titulo significativo de "El que vive", El Viviente.

De la resurrección de Jesús se origina el auténtico sentido cristiano a este día, en el que hacemos memoria de nuestros muertos. Hoy que recordamos la muerte, y que quizás incluso nos acercamos personalmente a los sepulcros de los seres queridos que “nos han precedido en el signo de la fe y duermen el sueño de la paz”, confesar que Jesús es “el que vive”, ahora y para siempre, es proclamar la noticia gozosa hasta sus últimas y más consoladoras consecuencias. Proclamar que a la muerte de Jesús siguió su gloriosa resurrección es colocar el más sólido fundamento de nuestra esperanza cristiana.

Cada Eucaristía proclama y reactualiza la muerte victoriosa del Señor. De modo especial, hoy incorporamos a nuestra celebración el recuerdo de la muerte de nuestros hermanos difuntos. Porque creemos que, vinculada a la de Jesús, también para ellos la muerte fue un acontecimiento de salvación. Que esta Eucaristía sea a un tiempo recuerdo eficaz de la muerte de Cristo y confesión gozosa de su resurrección, plegaria piadosa por todos los fieles difuntos y expresión de nuestra voluntad de vivir y de morir por el ejemplo y la fuerza de Jesús.

Nosotros rogamos por las almas benditas para que Dios les alivie sus penas y las purifique pronto, pronto, y salgan rápido del Purgatorio. Y esas almas tan queridas de Dios, que tienen del todo segura su salvación, ruegan también por nosotros, para que el Señor nos llene de sus gracias y bendiciones.

Sabemos que los que nos precedieron están en el seno de Dios. Y sin embargo, pensamos mucho en ellos, rezamos mucho por ellos, y los muertos están presentes en nuestra familia como lo estuvieron en vida. Sí, los difuntos nos dicen mucho al corazón, y los recordamos, rogamos por ellos, y los seguiremos encomendando siempre al Señor. En realidad, "aquellos que nos han dejado no están ausentes, sino invisibles. Tienen sus ojos llenos de gloria, fijos en los nuestros, llenos de lágrimas".

.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)